

mentador de la revolución. Cavour, sin inmutarse, siguió su obra de propaganda: en este mismo año, Manin, Pallavicino y La Farina fundaron, bajo sus auspicios, la *Sociedad nacional*, que había de unir todas las fuerzas vivas de la nación para la próxima lucha; en este mismo año, creó un gran arsenal marítimo en Spezzia, apresuró la construcción de la vía-férrea del monte Cenis, fortificó á Alejandria é hizo organizar, para artillar esta plaza, una suscripción pública, cuyo pasmoso éxito, en Milán y en Venecia, fué siniestro augurio para el gobierno austriaco. Todo esto exasperaba más y más al gabinete de Viena contra el de Turin. En el mes de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y seis, en un viaje que el emperador Francisco José hizo por Italia, reconvinó ásperamente á Cavour, por no haber impedido á los periódicos piamonteses atacarle á él y á sus ministros. El consejero de Victor Manuel le respondió, con frialdad, que en Viena la censura podía hacer lo que quisiese; pero que en Turin la prensa era libre y que, por lamentables que fuesen sus extravíos, no se la podía encadenar. A consecuencia de estas palabras, Buol retiró al encargado de negocios que tenía en Piamonte, y la corte de Cerdeña llamó, á su vez, á su representante en Viena, temiéndose, en Marzo de mil ochocientos cincuenta y siete, que iban á romperse las hostilidades entre Francisco José y Victor Manuel. No se rompieron, por no estar preparado aun Napoleón III y por ciertas complicaciones diplomáticas.

No se le ocultaba á Napoleón III que, en lucha con Austria, corría el riesgo de que esta potencia arrastrase consigo á Alemania, pronta siempre á alarmarse no bien veía á Francia empuñar la espada; pero tampoco ignoraba que la Confederación no podía marchar sin Prusia, de donde la necesidad de ganarse á esta potencia. No faltaban, á orillas del Spree, políticos sagaces que comprendiesen el partido que su soberano podía sacar de las benévolas disposiciones del Emperador de los franceses, y uno de ellos era Bismarck, que, ya en los meses de Abril y Mayo de mil ochocientos cincuenta y seis, juzgaba inevitable la disolución de la Dieta y el duelo entre Prusia y Austria por la hegemonía de Alemania, anunciaba la revolución italiana y preconizaba la alianza francesa como la más beneficiosa para su señor. El asunto de Neufchatel, de que hablamos en la historia de Suiza, proporcionó á Napoleón, á fines de mil ochocientos cincuenta y seis, coyuntura de hacerse grato á Prusia. A punto de estallar la guerra entre prusianos y suizos, Napoleón III intervino, obteniendo de los republicanos la libertad de los prisioneros, y en una Conferencia que reunió en París el cinco de Marzo de mil ochocientos cincuenta y siete, á la que asistieron, además de los representantes de Suiza, los de las ocho potencias firmantes del tratado de Viena, se convino el veintiséis de Mayo en otorgar á Federico Guillermo, por la pérdida de Neufchatel, que se incorporó a Suiza como cantón, un título honorífico y diez millones de indemnización, los cuales renunció el monarca prusiano. Federico Guillermo se manifestó muy agradecido á Napoleón III por las consideraciones

que le había guardado en este asunto, y Bismarck, que le representó en la Conferencia, le recomendaba con más insistencia que nunca la alianza francesa. No cabía decir aún que el emperador francés y el rey prusiano fuesen amigos; pero podía el primero estar seguro de que, caso de conflicto con Austria, no se uniría el segundo á esta potencia.

Mayor seguridad aún podía abrigar respecto de Rusia, cuyo emperador, Alejandro II, estaba satisfecho de la corrección con que Napoleón III procediera en las negociaciones de París, y su canciller, Gortchakoff, además de odiar cordialmente á Austria, hallaba en la teoría de las nacionalidades ventajas importantes para el gobierno ruso. Fortaleció esta inteligencia la cuestión de los principados de Valaquia y Moldavia, que pedían hacia tiempo formar un solo gobierno. Apoyaban esta pretensión Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña; la combatían Turquía, previendo que la unión de los dos principados sería el preludio de su emancipación, Austria é Inglaterra. El Congreso de París había resuelto que los votos de los principados, expresados por divanes, serían recogidos por una comisión internacional que iría á Oriente y daría cuenta á la Conferencia de París. La comisión no pudo cumplir su cometido hasta el treinta de Marzo de mil ochocientos cincuenta y siete, por haber retrasado Austria la evacuación de los principados, y entonces, al procederse á la elección de los divanes, Turquía y sus aliados usaron en Moldavia de fraudes y amaños tales que, sin embargo de ser la inmensa mayoría de los habitantes en uno y otro principado partidarios de la unión, el diván moldavés se manifestó adversario de la causa nacional. Francia y Prusia, secundadas por Rusia, pidieron con energía la nulidad de las elecciones; la Puerta, sostenida por Austria é Inglaterra, se obstinó en no decretarla. Pero ni Napoleón III ni Alejandro II estaban dispuestos á ceder. Cabalmente por este tiempo, en Julio de mil ochocientos cincuenta y siete, los dos soberanos se dieron cita en Stuttgart, donde el Czar prometió á Napoleón no contrariar su política en Italia, y éste ofreció al primero no abandonar á la nación rumana. Poco después, el seis de Agosto, Rusia, Francia, Prusia y Cerdeña retiraban sus embajadores de Constantinopla, con gran alarma de Europa, que temió se renovase la guerra en Oriente.

Pero Napoleón no quería indisponerse con Inglaterra. El seis de Agosto de mil ochocientos cincuenta y siete, cuando su representante salía de Constantinopla, se fué á ver en Osborne á la reina Victoria y al príncipe Alberto, para significarles cuánto ganarían asociándose á su política. No dejó de asustar á los regios cónyuges al hablarles nada menos que de variar los tratados de mil ochocientos quince, de la enfermedad incurable del imperio otomano, del reparto del litoral norte de África entre las potencias ribereñas del Mediterráneo, dándose á España Marruecos, á Francia Túnez, á Cerdeña Trípoli, y Egipto á Inglaterra. Ocioso es decir que sus huéspedes no le siguieron por terreno tan escabroso; pero, en cuanto al punto concreto de los principados, prometieron dejar de oponerse á que se anulasen las elecciones de Moldavia, á cambio de no insistir el Empe-

rador en la completa fusión de las dos provincias. Esta rara complacencia del gobierno inglés debióse á la formidable sublevación de los cipayos, en la India, los cuales, con el concurso de cualquier potencia de primer orden, habrían acabado con la grandeza colonial de Inglaterra. Privada del apoyo del gabinete de Londres, Turquía no tuvo más remedio que anular las elecciones de Moldavia, volviendo á Constantinopla los embajadores que la habían abandonado. Á fines de Diciembre se efectuaron las elecciones de los divanes, y ambas asambleas pidieron formalmente la unión de los dos principados en un solo Estado, bajo un príncipe perteneciente á una de las dinastías reinantes en Europa.

Á todo esto, el estado de Italia se agravaba por momentos. La irritación contra Austria y los soberanos absolutos era cada día mayor. El partido revolucionario, vencido y proscrito en mil ochocientos cuarenta y nueve, renacía en todas partes, y Cavour hacía la vista gorda acerca de sus trabajos en el Piamonte. La táctica de este político era arrastrar á Napoleón por el miedo, diciéndole que, si no se apresuraba á romper la guerra, se le anticiparían los agitadores de la Península; que todos, él y ellos, serían arrollados por la demagogia, y que la república, una vez desencadenada en Italia, no tardaría en pasar á Francia. Garibaldi, vuelto de América hacía unos años, era uno de los jefes de la *Sociedad nacional*, á la que imprimía belicoso impulso; Mazzini, el eterno conspirador, estaba en Génova, sin tomar la precaución de ocultarse. Á instigación suya, en Junio de mil ochocientos cincuenta y siete estalló una insurrección en esta ciudad, y de su puerto salían, por orden del mismo, varias expediciones de revolucionarios, que iban á desembarcar en Livorna, Terracina ó en el litoral napolitano. Verdad es que todas fracasaron, y no podía ser de otro modo; pero semejantes tentativas renovaban la agitación en toda Italia, y de ellas se aprovechaba Cavour para mantenerla. Tuvo éste el atrevimiento hasta de reclamar el navío sardo que llevara á los amigos de Mazzini al reino de las Dos-Sicilias y que fué capturado por las autoridades napolitanas, y aunque recibiera de Francisco II rotunda negativa, no se desalentó, antes volvió á la carga á fines de mil ochocientos cincuenta y siete, como si tuviese intención de provocar un *casus belli*.

En este estado las cosas, una catástrofe inesperada decidió á Napoleón á no esperar más tiempo. Ya hemos hablado de varios atentados á la vida del Emperador de los franceses, obra casi todos de las sectas revolucionarias italianas, que no podían perdonarle el haber destruído la república romana y cuya muerte esperaban que había de facilitar, allende y aquende los Alpes, la explosión de la libertad. El catorce de Enero de mil ochocientos cincuenta y ocho, un ex-diputado de la asamblea constituyente de Roma, Félix Orsini, muy conocido en Inglaterra, donde hacía varios años trabajaba por la causa de su patria, se fué á París á esperar al Emperador, que aquel día había de ir á la ópera en compañía de la Emperatriz. Ayudado de oscuros cómplices, arrojó al pasar el coche imperial varias bombas, cuya explosión mató ó hirió á ciento cincuenta y seis personas,

saliendo ilesos, como por milagro, Napoleón y la Emperatriz. La primera preocupación del gobierno fué renovar sus rigores contra los republicanos franceses, que nada habían tenido que ver en el crimen de Orsini. Se dividió á Francia en cinco grandes mandos militares, como si se hallase en estado de sitio, y con el título de «ley de seguridad general», el Cuerpo legislativo votó, el primero de Febrero, una nueva ley de sospechosos, que hizo renacer en Francia el terror de mil ochocientos cincuenta y dos. Al mismo tiempo, se invitó á los Estados vecinos del imperio á vigilar los actos de los refugiados políticos y reprimir las conjuraciones que tuviesen por objeto asesinar á los soberanos extranjeros. Suiza y Bélgica complacieron al gobierno francés. En Inglaterra, Palmerston, inclinado como siempre á la alianza con Napoleón III, trató también de agradarle presentando un *bill* al Parlamento; pero como el *Moniteur*, que hacía unas semanas salía lleno de felicitaciones al emperador, publicase alguna de tono provocativo é injurioso para la Gran Bretaña, Palmerston, acusado de no haber velado lo bastante por el honor nacional, fué derribado del gobierno en Febrero de mil ochocientos cincuenta y ocho; el *bill*, abandonado, y formado un ministerio conservador, presidido por Derby, menos inclinado que el anterior á entenderse con el gobierno francés. En Piamonte, Cavour se apresuró á hacer votar medidas contra los excesos de la prensa y las conspiraciones, mas no sin guardar para con el Emperador una actitud digna y firme; y no olvidamos de Víctor Manuel, quien, en la carta que escribiera á su futuro protector, decíale que, si era menester, defendería de lo alto de los Alpes, á ejemplo de sus antepasados, la independencia de su país. Soberano y ministro sabían bien que la excesiva complacencia con Napoleón III les habría enajenado en Italia las simpatías del partido avanzado, y estaban seguros de que, desde el catorce de Enero, no tenía menos ganas el Emperador de ofrecerles su concurso que ellos de aceptarlo.

Porque Napoleón tenía miedo. Orsini, con lenado á muerte, se negó á pedir indulto, que el Emperador sin duda le hubiese concedido; pero dirigió á éste una carta en que, después de manifestarle que los atentados contra su persona se renovarían mientras no ayudase á Italia á reconquistar la libertad, le conjuraba á realizar esta grande empresa. «Que V. M., le decía, no desoiga el voto supremo de un patriota en las gradas del cadalso; redima á mi patria, y las bendiciones de veinticinco millones de ciudadanos le acompañarán eternamente». Para dar á entender que no era insensible á esta súplica, el Emperador hizo publicar la carta en el *Moniteur*, con lo que se consiguió de Orsini le escribiera otra, en que, tomando aeta de sus buenas disposiciones para con Italia, suplicaba al partido revolucionario se abstuviera en adelante de nuevos atentados contra su vida. «Los sentimientos de simpatía de V. M. por Italia, se lee en este documento, son para mí un gran consuelo en el instante de ir á morir. Que mis compatriotas, en vez de apelar al asesinato, aprendan de labios de un patriota próximo á dejar este mundo, que solamente su abne-

gación, su desinterés, su unión, su virtud, podrán asegurar la libertad de Italia, hacerla libre, independiente y digna de la gloria de nuestros antepasados.» Orsini fué ejecutado el trece de Mayo, después de haber publicado el *Moniteur* su segunda carta. No tardó Cavour en recibir invitación secreta para hacer imprimir las dos cartas en su diario oficial, á lo que aparentó resistirse el ministro por temor de comprometerse, dada la prevención que se tenía contra Cerdeña. *Imprimidlas*, se le repitió, y las hizo publicar, declarando al mismo tiempo á medias palabras, en una especie de manifiesto que tuvo gran resonancia, que la hora de la emancipación estaba muy próxima á sonar.

No tardó Napoleón en dar pasos más significativos. Este soberano, que no había podido desprenderse de sus antiguos hábitos de conspirador, mantenía, á espaldas de sus ministros, una diplomacia secreta, con la que preparaba, sin estorbos, los grandes golpes que había de dar su diplomacia oficial. Entre los agentes más activos de estas misteriosas tramas se contaba el príncipe Napoleón, uno de cuyos familiares enteró al conde de Cavour, el mes de Mayo, del proyecto, que el emperador acariciaba, de una alianza franco-sarda para hacer la guerra á Austria. Poco después, un confidente de Napoleón III, el doctor Conneau, fué á invitar, con el mayor secreto, al ministro sardo á avistarse con dicho soberano, para fijar las condiciones. Cavour no se apresuró: dejó pasar varias semanas, y fingiendo ir á Suiza á *respirar el aire puro de los Alpes*, salió de pronto para la pequeña ciudad de Plombières (en los Vosgos), donde se hallaba el Emperador de los franceses. Cuarenta y ocho horas, los días veinte y veintiuno de Julio, les bastaron para determinar las bases del tratado, conviniéndose en que Francia y Piamonte se unirían para expulsar de Italia á los austriacos; que Piamonte se agrandaría con la Lombardía, Venecia, probablemente los ducados de Parma y Módena y con Rumania, formando un Estado de diez á doce millones de almas; que Francia adquiriría á Niza y Saboya; que Toscana podría enriquecerse con algunas provincias pontificias; que Italia, reducida á cuatro Estados, sería una confederación bajo la hegemonía efectiva del rey de Cerdeña y la presidencia honoraria del Papa, respetado como soberano de Roma; que el príncipe Napoleón casaría con la hija primogénita de Víctor Manuel, y, por último, que Francia se reservaba el dar la señal de la guerra. Nada objetó Cavour á estas singulares combinaciones; pensaba que, una vez desencadenada la revolución, en vano trataría Napoleón de contenerla, y sabía bien cómo había de conducirse para alentarla, propagarla y hacerla irresistible, teniendo siempre á sus órdenes la *Sociedad nacional*. El ministro de Víctor Manuel veía claramente á dónde iba; su cómplice imperial no sospechaba siquiera á dónde se dejaba llevar. De Plombières, el ministro sardo se fué á Alemania, á asegurarse de las disposiciones del gobierno prusiano, que acababa de pasar á nuevas manos. Desde el mes de Octubre de mil ochocientos cincuenta y siete, Federico Guillermo IV, perturbadas sus facultades mentales, había dejado la administración del reino á su hermano y heredero presunto el

príncipe Guillermo, de quien se sabía que no miraba con buenos ojos á Austria. Cavour le encontró en Baden, y á las pocas palabras se convenció de que jamás favorecería á la corte de Viena, con lo que regresó lleno de alegría á Turín, donde dedicó todas sus energías, en los últimos meses de mil ochocientos cincuenta y ocho, á activar los preparativos para la próxima guerra.

Antes de dar publicidad al convenio de Plombières, Napoleón III se ocupó en allanar algunas dificultades que hubiesen podido detenerle en medio de su aventurada empresa. Una de las más graves era la cuestión danesa, reproducida por no haber satisfecho á los ducados la constitución común que diera Federico VII, según vimos arriba, el dos de Octubre de mil ochocientos cincuenta y cinco. La rechazaban Holstein y Lauemburgo, por atentatoria á sus particulares derechos. Alemania, de que formaban parte estos ducados, salió á su defensa, y rivalizaron las cortes de Viena y de Berlín en sostener los intereses germánicos. En vano Federico VII trató de calmarlas por medio de negociaciones. En Noviembre de mil ochocientos cincuenta y siete, después de dos años de recriminaciones recíprocas, la constitución fué denunciada á la Dieta, la cual, en Febrero de mil ochocientos cincuenta y ocho, declaró á Holstein y á Lauemburgo exentos de cumplirla é intimó al rey dejar de aplicarla á estos dos ducados; y como Federico VII no obedeciera, en Mayo se le amenazó con una ejecución federal. ¿Qué había de hacer el monarca danés? Francia le aconsejaba ceder; en igual sentido le hablaba Rusia, y no digamos de Inglaterra, íntimamente unida con la corte de Berlín desde el matrimonio del príncipe Federico, hijo del regente, con la hija primogénita de la reina Victoria. El pobre soberano hubo de ceder al derecho del más fuerte. El quince de Julio suspendió la constitución, y como esto no satisficiera aún á la Dieta, el seis de Noviembre la abolió, con lo que Alemania quedó en paz y Napoleón III libre, de este lado, para dedicarse á realizar sus secretos designios en Italia.

Otras dificultades surgieron por la parte de Oriente. A causa de la resistencia y ceguera del antiguo partido musulmán, el *hatti-humayun* de Febrero de mil ochocientos cincuenta y seis, que prometía á los cristianos una administración regular y el ejercicio de todos sus derechos civiles y religiosos, quedó letra muerta. Alentadas, como antes, por agentes rusos las poblaciones de Bulgaria, Bosnia y Herzegovina, comenzaron á agitarse, y Montenegro volvió á empuñar las armas en defensa de unas parcelas de territorio que la Puerta le disputaba. Un ejército turco marchó contra este principado, en Abril de mil ochocientos cincuenta y ocho, y Francia, invocando el principio de las nacionalidades en la península de los Balcanes, realmente por agradar á Rusia, envió al Adriático varios buques de guerra, que redoblaron el brío de los montenegrinos. Derrotados los turcos en Grahovo, la Puerta hubo de regular la cuestión de fronteras á gusto de los gabinetes de París y San Petersburgo. La misma fortuna acompañó á estas po-